

una mañana. El pueblo padece hambre porque sobre sus hombros descansan los impuestos: es difícil de gobernar porque está sobrecargado de fatiga: ve con indiferencia acercarse la muerte porque tiene que penar mucho para ganarse la vida.»

Estos sentimientos llegaron á exagerarse y condujeron á la inercia, á la duda, á la debilidad y hasta á considerar como verdadera sabiduría el no saber nada, el escepticismo perezoso. Después sus secuaces honrados con el título de Taosse, esto es, doctores celestes, se perdieron en artes cabalísticas y adivinatorias y en una moral relajada. Por esto los jesuitas llamaron con ligereza á Lao-seu el «Epicuro chino.»

Este título es injusto y más le convendría el de estoico, pues sólo veía el bien público y el privado en el ejercicio de la virtud y en identificarse con la razón suprema, domando los sentidos y llegando así á la impasibilidad. De esta inacción abusaron sus secuaces para caer en un rígido ascetismo, y como consecuencia se recomendó que se tuviese al pueblo en la ignorancia, pues que del saber provenían todos los disturbios.

De su tronco retoñaron principalmente dos sectas: la de *Yang*, que ponía por principio moral de las acciones un egoísmo destructor de toda virtud y de toda benevolencia; y la de *Me*, que pretendía aniquilar el amor propio y el interés personal y que los hombres se amasen sin distinción de amistad, parentesco ó grado. Unieron después los Taosse con los budhistas, introdujeron prácticas, supersticiones, adivinaciones y cierto cinismo en la vida; y más adelante sólo perteneció á esta secta la gente pobre, ignorante y despreciada.

Confucio.

Cun-fu-tseu ó Confucio nació en el reino feudal de Lu, hoy provincia de Chang-tung, quinientos cincuenta y un años a. de J., en la undécima luna del año 21 de Ling-uang. Su genealogía sube hasta el cielo y se detiene en el emperador Huang-ti. Sus abuelos y aun su padre fueron ilustres personajes. Su nacimiento fué anunciado y acompañado de prodigios. De niño veneraba á su madre viuda y á los ancianos, y no faltaba tampoco á ninguna de las ceremonias que se verificaban en honor de los vivos ó de los difuntos. Sus juegos consistían en disponer á los muchachos para un sacrificio ó hacer á sus compa-

ñeros las reverencias y cortesías que se practicaban con los superiores. En la escuela pública se distinguió entre los demás por su dulzura, aplicación y adelantamientos. Su maestro lo tomó como ayudante para la enseñanza, y á los diez y siete años admitió un mandarínato sobre la venta de los granos. No quiso descargar el peso de este oficio, aunque pequeño, sobre un ayudante cualquiera, como entonces solía hacerse, sino que quiso verlo y oírlo todo por sí mismo, interrogar á los peritos, substituir la buena fe y el orden á los fraudes y al desorden anteriores. De esta manera mereció la estimación de cuantos le conocían. Habiendo llegado su reputación á noticia del gobierno, el ministro le nombró inspector general de los campos y ganados, con plenos poderes para reformar y renovar. En este alto destino puso la misma diligencia que en el anterior. Mejoró el cultivo, desterró de entre los aldeanos la suciedad, la penuria, la inercia, y enseñó á los propietarios lo que más les convenía.

Gozaba ya de un nombre honroso á los veinticuatro años cuando murió su madre, y entonces, poniendo en vigor los usos olvidados, celebró sus exequias según los antiguos ritos, la hizo enterrar junto á su padre encerrados en fuertes cajas, el marido á Levante, la mujer á Poniente, con los pies hacia el Mediodía y la cabeza hacia el Norte; y conservó por tres años el luto riguroso, separándose de todo cargo público y permaneciendo encerrado en casa. En este retiro de tres años, se dedicó enteramente á robustecer su alma con el estudio. Examinó los *King* ó libros canónicos; se ejercitó en las artes liberales que ningún magistrado debe ignorar, á saber la música, el ceremonial religioso y civil, la aritmética, la escritura, la esgrima, el guiar un carro tirado por caballos ó por bueyes, y tanto se aficionó al estudio, que le quiso continuar aun después de terminados los años de luto. Se retiró por lo tanto á la vida privada, pero su respeto á las antiguas usanzas y su sabiduría, le habían dado tanto crédito, que de todas partes acudían á él para pedirle consejo.

Un príncipe que se hizo rey de Jendo mandó á pedirle reglas acerca del arte de gobernar bien á sus súbditos, y Confucio respondió al mensajero: «No conozco ni á vuestro señor ni á su pueblo; ¿cómo podré escoger lo mejor? Si quisiera saber qué es lo que hacían en casos dados los antiguos monarcas y cómo gobernaban el

Imperio, sería para mí un agradable deber el satisfacerlo, porque no tendría que discurrir yo sobre cosa que no supiera.» El rey de Jendo llamó á Confucio, el cual dió leyes en este país y después partió de él diciendo: «He cumplido con mi deber al venir aquí; y ahora lo cumplo al marcharme cuando puedo ser útil en otra parte.»

Habiéndose convencido en este viaje de la mucha utilidad que proporciona el ver otros pueblos, recorrió en un carro tirado por un buey y guiado por un muchacho de la escuela, los pequeños reinos en que estaba desmenuzada la China. A los treinta años se estableció en su patria, y rehusó todo cargo público para dedicarse completamente á la reforma de sus conciudadanos. Abrió en su casa una academia para los jóvenes y viejos, pobres y ricos, guerreros y literatos que deseasen lecciones de buena conducta, ejemplos de los antiguos, y aprender el medio de ser útiles á la sociedad. Su vida fué una serie de lecciones y de reformas que procuraba introducir, caminando de lugar en lugar con doce discípulos, elegidos entre los sesenta y dos que mejor le comprendían.

No entró en cuestiones metafísicas, y su discípulo Seu-lu dice: «A cada paso podía oírse al maestro disertar sobre las cualidades que señalan en un hombre la virtud y el ingenio; pero nunca quiso hablar acerca de la naturaleza del hombre ni sobre el camino del cielo.» No pretendió introducir novedades, sino solamente recopilar la ciencia de los antiguos, coordinar las invenciones anteriores, fijar lo que era vago ó incierto, «restituir á la naturaleza humana aquel primer esplendor que había recibido del cielo y que después había sido ofuscado por las tinieblas de la ignorancia y por el castigo de los vicios.»

Para alcanzar este fin, excitaba á obedecer al señor del cielo, á honrarlo y temerlo; á amar al prójimo como á nosotros mismos; á domar nuestras inclinaciones; á nunca gobernarse por las pasiones, sino someterlas á la razón; á dar oídos en todo á ésta, sin pensar ni decir cosa que le fuese contraria. «Lo que yo os enseño—decía—podrías aprenderlo por vosotros mismos haciendo un uso legítimo de las facultades de vuestro espíritu. Nada tan natural y sencillo como los principios de la moral, cuyas saludables máximas procuro insinuaros. Cuanto yo predico ha sido practicado ya por vuestros sabios; y esta práctica se reduce á tres leyes

fundamentales de relaciones entre súbditos y reinantes, entre padre é hijo, entre marido y mujer; y al ejercicio de las cinco virtudes capitales de la humanidad, á saber: el amor á todos los hombres sin distinción; la justicia que da á cada uno lo que le corresponde; la observancia de las ceremonias y de los usos establecidos á fin de que todos los que viven según una misma norma participen de las mismas ventajas é incomodidades; la rectitud de ánimo y de corazón que hace buscar en todas las cosas lo verdadero ó deseado sin engañarse á sí ni engañar á los demás; y la sinceridad, esto es, el corazón franco, que excluye todo disimulo en los hechos ó en las palabras. Estas virtudes hicieron memorables á los primeros institutores durante su vida é inmortales después de su muerte. Tomémosles por modelos y procuremos imitarlos.»

Véase, pues, en qué consiste toda la moral de Confucio, cuyo carácter distintivo es el de derivar de las obligaciones domésticas todas las demás, y reducir las virtudes á una sola: á la piedad filial. Estando con Seng-seu, su discípulo predilecto, que escribió sus respuestas. «¿Sabes—le preguntó—, cual fué la suprema virtud, la doctrina capital que nuestros antiguos emperadores enseñaron á todo el reino como medio para mantenerse la concordia entre los súbditos, y evitar todo conflicto entre superiores é inferiores?»

«¿Cómo he de saberlo—respondió Seng-seu—yo que sé tan poco?»

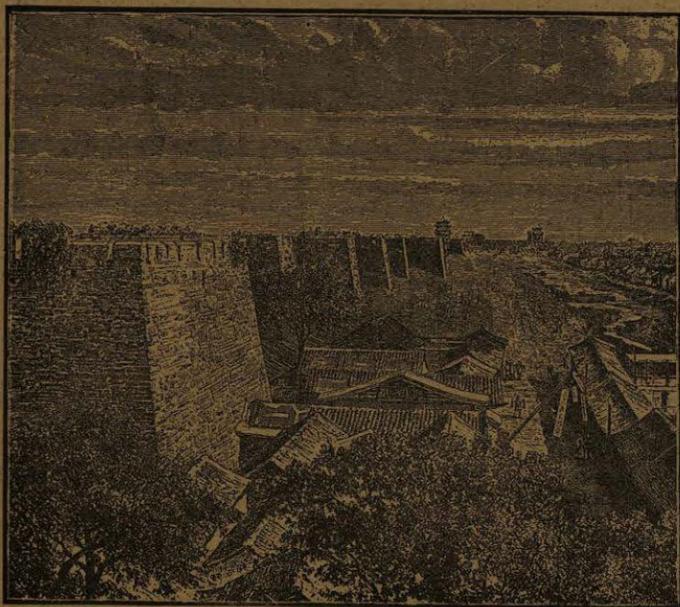
Y Confucio replicó: «La piedad filial es la raíz de todas las virtudes y la fuente de toda doctrina.»

Con ella quería extirpar el odio entre el que obedece y el que manda, porque en su opinión la familia, el Estado, el universo estaban formados bajo el mismo tipo teniendo por cabeza al padre, al rey y á Dios. Por lo cual decía: «Los emperadores antiguos más sabios servían á su padre con verdadera piedad filial, y por esto servían al *Tien* con inteligencia; servían á su madre con verdadera piedad filial, por esto servían á *Li* con religión. Eran condescendientes con viejos y mozos, por esto los superiores y los inferiores eran gobernados felizmente... El príncipe es padre y madre de los pueblos. Tened al padre el amor que profesáis á la madre y el respeto que alimentáis hacia el príncipe, y serviréis al príncipe con piedad filial, y seréis súb-

ditos, fieles, sumisos á los superiores, y dóciles ciudadanos. El que se rebela contra el rey, peca porque su corazón no posee la piedad filial que hace á los hombres prontos á la obediencia.»

Aquí Seng-seu le interrumpía diciendo: «Me atreveré á preguntaros si un hijo que obedece á su padre cumple todas las obligaciones de la piedad filial.»

El doctor respondió á esto: «Antiguamente el emperador tenía como censores á siete sabios, por lo cual aunque pecase, no llegaba nunca hasta el punto de arruinar el Imperio. Un prin-



Murallas antiguas de Pekín.

cipe tenía cinco sabios para reprenderlo, por lo cual aunque pecase, no llegaba hasta arruinar el Estado. Un grande tenía tres sabios para reprenderlo, y aunque pecase no llegaba nunca hasta arruinar su casa. Un letrado tenía un amigo que le reprendiese, y nunca deshonraba su título. Un padre tenía á su hijo para reprenderlo y nunca se extraviaba hasta el desorden. Cuando se conoce que una cosa es mala, el hijo no puede eximirse de reprendérsela al padre, ni el súbdito al soberano. Y puesto que un hijo debe reprender á su padre cuando obra mal, ¿cómo podría cumplir con la piedad filial limitándose tan sólo á obedecer? Existe, pues, una regla superior, que es la divina.»

La doctrina de Confucio triunfó, y desde hace veintidós siglos está asociada á la legislación de un gran pueblo, cuya vida intelectual deter-

minó aquel filósofo con la compilación de los libros antiguos y con los suyos. Muy lejos estaba Confucio de esperar éxito tan completo, expuesto como se vió á los ataques de la envidia y á los obstáculos que ponen á prueba el entusiasmo del genio. Frecuentemente perseguido, reducido á sentir el hambre y á carecer de lecho, decía: «Yo soy fiel como un perro y como á un perro me tratan! Pero qué importa la gratitud de los hombres? No por eso dejaré de hacer el bien que pueda.» Un rey filósofo pareció adoptar sus máximas, pero fué por breve tiempo, y él continuó de país en país predicando las cinco virtudes, las tres relaciones, é inculcando principalmente la práctica de las ceremonias fúnebres, que miraba como el mejor tributo que se puede rendir á la dignidad del hombre y como el nudo que estrecha todos los lazos sociales.

El doctor se quejaba de que los reyes hubiesen degenerado de las virtudes de sus abuelos. «Ninguno ha aceptado la doctrina que predico—decía—, y este es mi sentimiento.» Después, cuando conoció que había terminado su carrera reunió á sus discípulos más queridos y conduciéndolos á la falda de

una colina venerada, mandó que levantasen en ella un altar. Sobre éste puso los cinco *King* ó libros canónicos compilados por él y colocándose de hinojos con la faz vuelta hacia el Norte, adoró al cielo, le dió gracias por haberle prolongado la vida hasta haber podido purgar los libros canónicos, y le rogó que su obra no fuese inútil. Habíase dispuesto á esta ceremonia con el ayuno y la purificación, y la terminó ofreciendo por completo el fruto de sus fatigas.

Murió nueve años antes de que Sócrates naciese, y el árbol que sus discípulos plantaron sobre su sepulcro, es todavía venerado. Dedicáronse templos donde se escriben en tablillas los nombres de aquellos que se señalan en las provincias por sus virtudes y nobles acciones: homenaje justo para un filósofo que en todos

sus estudios no se cuidó de abstractas especulaciones, sino de la práctica de la vida.

Tanto Confucio como Lao-seu conocieron los males de su patria é intentaron corregirlos; pero Lao-seu buscó las verdades abstractas y llegó á un ascetismo ineficaz, mientras Confucio puso todo su empeño en la aplicación. Dicen que éste, atraído por la fama de Lao-seu, fué á visitarlo y le preguntó acerca de la esencia de su doctrina; pero Lao-seu, lejos de responderle, le echó en cara el pupularizarse demasiado y mostrar fausto y vanidad en la propaganda de sus conocimientos. «El sabio—dijo—, ama la obscuridad; lejos de ambicionar los empleos, los renuncia; persuadido de que al fin de su vida no dejará más que las buenas máximas que haya enseñado á aquellos que puedan retenerlas y practicarlas. No se manifiesta á todos, sino que estudia los tiempos y los lugares, y si son buenos habla, y si malos calla. El que posee un tesoro lo guarda para que no se lo roben. El que verdaderamente es virtuoso no quiera ostentar que es sabio. Tenedlo así entendido.»

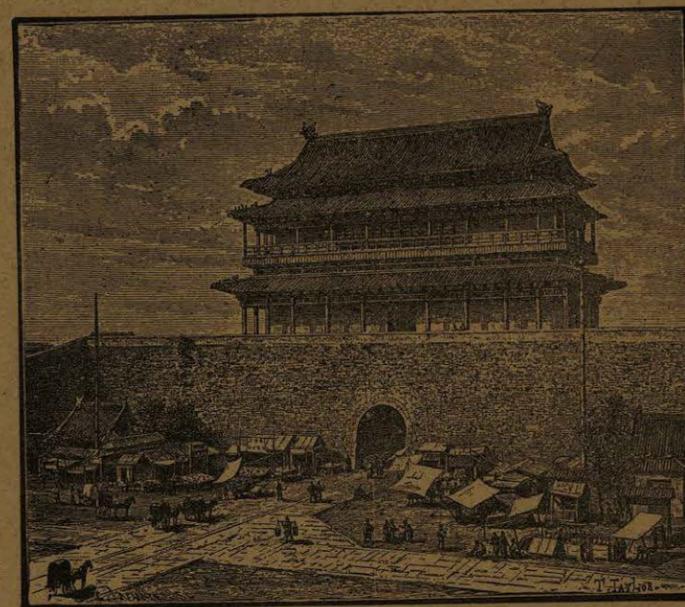
El consejo del monje no podía servir para el político Confucio. Aquél enseñaba á

huir de los cuidados, éste á vencerlos; aquél, á evitar los honores, éste á conseguirlos y á merecerlos. Lao-seu quería establecer un pensamiento social independiente de la experiencia y de la sanción, fundado en una inteligencia absoluta y absoluto también como ella. Confucio presentaba continuamente como ejemplo á los primeros emperadores y con la historia ponía de manifiesto los buenos y los malos efectos de los vicios y de las virtudes.

Los discípulos más célebres de Confucio, además del

El filósofo Mencio. citado Seng-seu, fueron Seng-sse y Meng-tseu ó Mencio. Este último principalmente fué reputado digno de ser su inmediato sucesor y declarado santo de segundo orden (*Yaking*). Su

libro, unido á los tres de los apotegmas de Confucio, debía ser aprendido de memoria por aquellos que aspirasen á los empleos. Lamentándose Mencio al ver triunfar la secta de *Yang* que predicaba el egoísmo como principio regulador de las acciones humanas, y la de *Me* que pretendía que debía extenderse el amor á todos los hombres igualmente, sin distinción de parientes, trató de difundir una generosa filantropía. «El que sigue la recta razón sirve bien al cielo»; este es el asunto de su doctrina, y lo mismo que Confucio, fué predicándola por varios reinos,



Una puerta de Pekín.

teniendo conversaciones con los reyes, desplegando una política atrevida que inducía á éstos á escuchar el voto del pueblo, y no dejando pasar acto inicuo sin censurarlo.

Su manera de argumentar era irónica, contundente siempre y capaz de obligar á sus adversarios á confesar que estaban en un error. Uno de los reyezuelos que con sus litigiosas ambiciones turbaban la paz de la China, quería con insidiosas palabras obligar á Mencio á ayudarle con su popularidad. «El que sepa de veras amar al pueblo—dijo Mencio—, podrá restablecer el orden y reinar sobre todo el imperio.»

«¿Creéis—preguntó el rey—que tenga yo en mí lo necesario para amar al pueblo?» «Lo tenéis. Yo sé por un ministro vuestro, que estando un día en palacio, visteis pasar á los pies de vuestro trono unas personas que conducían

un buey atado. Preguntasteis adónde lo llevaban, y os respondieron que iban á inmolarlo para barnizar con su sangre una campana nueva. Entonces ordenasteis que lo soltasen, conmovido por el miedo que manifestaba el animal, semejante al de un inocente conducido al suplicio; y en su lugar mandasteis que pusiesen una oveja. ¿No es así? Lo que entonces hicisteis, basta para mostrar que sois digno del trono. Bien es verdad que vuestros súbditos supusieron que habíais obrado de tal manera por avaricia; pero yo creo que cedisteis á la ternura. La oveja no tenía más culpa que el buey; pero esto es un subterfugio de la humanidad. Uno de los animales estaba á vuestra vista, el otro no lo veíais. El sabio no puede ver degollar los animales que ha visto vivos: cuando ha oído sus lastimeros gritos, no puede alimentarse con su carne. Por esto el sabio coloca las cocinas en lugar apartado de su habitación.»

El rey exclamó entonces: «Maestro, me habéis explicado una cosa que á mí me costaba trabajo comprender. Pero decidme, la ternura que entonces experimenté ¿es verdaderamente conveniente para hacerme reinar bien?» Mencio le replicó: «Si un hombre viniere á decir á vuestra majestad: *Yo puedo sostener un peso de tres millares, y no puedo levantar una pluma; mis ojos ven nacer el vello, y no distinguen un carro de leña; ¿le creeríais?*» «De ninguna manera»—repuso el rey.

«Sin embargo—continuó el filósofo—, vuestra humanidad se extiende á los animales, y no se detiene en vuestros súbditos. Como aquel que no puede sostener una pluma, y dice que puede levantar un carro de leña, tenéis en vos cuanto se necesita para reinar, pero no hacéis uso de ello.»

En otra ocasión le dijo el rey de Vei: «Bien venido seáis si no os parece demasiado largo el camino de mi *lis*. Mucho provecho ciertamente haréis á mi reino.»

«¿Qué decís?—respondió el filósofo—. El provecho consiste en tener humanidad, benevolencia para todos, y justicia. No es entrometáis en los intereses de los ciudadanos; no los separéis de las labores de cada estación, y la cosecha será abundante. Si en los viveros no se echan las redes de mallas muy tupidas, todos los peces y tortugas serán saboreadas en vuestra mesa. No metáis el hacha en las frondosas selvas antes de tiempo, y la leña no faltará, y así el pue-

blo podrá alimentar holgadamente á los vivos, y ofrecer sacrificios á los muertos. Haced plantar de moreras los campos, y los hombres de cincuenta años podrán vestir de seda; haced criar pollos, perros (1) y cerdos, y los hombres de sesenta años podrán alimentarse de carne; haced que las escuelas y colegios propaguen la piedad filial y el respeto á los ancianos, y no se volverá á ver á los ancianos llevando pesos por los caminos. Vuestros perros y vuestros puercos consumieron el alimento del pueblo, y vos no lo remediasteis. El pueblo moría por los caminos, y no abristeis los graneros, y viéndole desmayado de hambre exclamasteis: «No ha sido mía la culpa, sino de la esterilidad.» Decid, pues, ¿hay diferencia entre matar á uno con el palo, ó matarlo con la espada?»

«Ninguna»—respondió el rey.

«¿Y entre matar á uno con la espada y con la inhumana administración?»—continuó el filósofo.

Otras veces decía: «Amad al pueblo, y no encontraréis obstáculo para gobernar bien. Si á uno se le mandase tomar una montaña bajo el brazo, y llevarla por el Océano septentrional, y dijese: «No sirvo para ello», seguramente que le daríais crédito. Pero si á otro se le dijese que llevase una ramita y respondiera: «No sirvo para ello», ¿le creeríais? El rey que no gobierna bien, no debe compararse con el primero, sino con el segundo. No le falta el poder, lo que le falta es voluntad.»

Sivan-yang, rey de Tsi, le preguntó: «¿Es verdad que el parque del rey Ven-huang tenía setenta *lis* de circuito?»

«Verdad es—respondió—, y el pueblo lo encontraba pequeño.»

«El mío tiene un circuito de cuarenta, y el pueblo lo cree vasto; ¿en qué consiste esta diferencia?» preguntó el rey. Y el filósofo respondió: «En el parque de Ven-huang entraba todo el que quería á segar hierba, hacer leña, y á coger liebres y faisanes. ¿No había de encontrarlo pequeño el pueblo? En el vuestro sabe que el que mata á un ciervo, tiene pena de muerte como si hubiere muerto á un hombre. El pueblo que lo encuentra demasiado grande, ¿se engaña?»

Estos diálogos que aparecen en su libro clásico tienen verdaderamente un saber socrático. El

(1) El perro es manjar exquisito para los chinos, cuya cocina es insufrible para los europeos.—(N del T.)

mismo rey le preguntó: «He oído decir que Ching-tang arrojó del trono á Kie, y que Vu-huang condenó á muerte al rey Cheu. ¿Es verdad?»

«La historia lo dice.»

«¿Es, pues, permitido á los súbditos deponer y condenar á sus soberanos?»

Mencio respondió: «El que comete un robo, se llama ladrón; el que roba la justicia, se llama tirano. El ladrón y el tirano son hombres y no debe haber diferencia entre ellos. Siempre he oído decir que Cheu fué condenado á muerte, no que Vu-huang hubiese matado á su príncipe.»

Los chinos admiran la claridad de las controversias, y la natural viveza del diálogo de este doctor, y cuando quieren recomendar una obra de buen estilo, dicen: «Leed á Meng-tseu.»

CAPITULO III

El gobierno y las costumbres.

La familia.—Los letrados.—Lengua y escritura chinas.—El juego y la superstición: el te.—Fiestas y bodas.—Las mujeres.—El ceremonial.

La familia.

Contribuyeron poderosamente á la constitución política de la China Confucio y Mencio, si bien las agitaciones interiores impidieron que se llevase aquella á cabo hasta el principio de la Era vulgar. No hubo en este país superposición de pueblos, y por consiguiente tampoco hubo castas ni clases esclavas, antes bien puede ser considerada la China como una familia patriarcal, que desarrollándose, llegó á formar sin alterarse un gran Imperio, derivando toda su organización del principio primitivo de la piedad filial. Esta se extiende desde el hogar doméstico hasta el trono. Cada casa es un pequeño Estado y el Estado es una casa vastísima, regulada por los mismos principios de sociabilidad y sometida á las mismas obligaciones. El individuo se pierde en la familia y la familia en el reino, sin que ni privilegios de casta, ni derechos de sacerdocio descompongan esta unidad, que en la China es más absoluta y plena que en cualquier otro pueblo del mundo.

Fácil es pasar de la paternidad á la tiranía, cuando dilatándose aquella, no está refrenada por ese sentimiento de amor que nos hace mirar en nuestros hijos una reproducción de nos-

otros mismos. En efecto, en la China el espacio comprendido entre el cielo y la tierra está ocupado por el rey; el rey puede todo cuanto quiere y el desobedecerlo es un acto no sólo de rebelión, sino de impiedad. Por esto algunos emperadores se permitieron toda clase de excesos: quitaron los campos á sus súbditos para ampliar sus jardines, y por capricho ó por diversión los hicieron matar, vanagloriándose de ser en su Imperio lo que el sol en el mundo y como éste indestructibles.

De tal manera creen los chinos que su constitución se apoya completamente en el respeto filial, que cuantas veces quieren regenerar el país con arreglo á su principio, procuran revivificar dicho sentimiento.

Los letrados.

Se equivoca sin embargo quien atribuya únicamente al despotismo paterno la duración del grande Imperio. Antes bien este despotismo le hubiera aniquilado á no haber sido por la institución de los letrados, esto es, de la doctrina que abre el camino á todos los altos puestos. Si hay algún país en que el hombre se eleve por su mérito, seguramente que es la China, porque en ella el joven más obscuro puede, estudiando, ponerse en estado de presentarse á los exámenes anuales de su patria y en los trienales de las ciudades más populosas. En éstas se obtiene el primer grado; en la capital de provincia el grado superior que habilita para ciertos empleos, y únicamente en la metrópoli del Imperio y á la vista del emperador se concede el tercer grado por el cual el que lo obtiene «monta el caballo de oro y se sienta en la sala de jaspe», esto es, entra en la academia y aspira á las dignidades elevadas. Estos exámenes son el ensueño de todo joven y se anuncian con solemnidades mucho tiempo antes de su celebración. Apenas un joven ha cogido «el ramo del olivo oloroso», ó lo que es lo mismo, ha obtenido el título, encuentra padres que á porfía le dan por esposas á sus hijas, y ministros que le llaman á los cargos.

Entre los chinos es antigua la veneración á las letras y se halla tan arraigada, que está mal visto el pisar un papel escrito. Pero hasta el siglo VII no se introdujo regularmente este orden admirable de los concursos, creándose esta aristocracia literaria única en el mundo, no fundada en la posesión de terrenos, sino en exámenes.

Los letrados están destinados á contrabalancear la autoridad real, como los sacerdotes en la India, en el Egipto y en Caldea. El Hijo del Cielo, ante el cual ninguno se presenta sin humillar nueve veces la frente hasta la tierra, no puede por sola su voluntad confiar ningún poder ó dignidad sino al que es designado por ellos. Los letrados, pues, tienen todos los empleos, y se conservan inmóviles cuando las dinastías cambian. La ley les confiere la autoridad para escribir la verdad, de suerte que á veces saben levantar la frente, si bien con todas las formas ceremoniosas, y reprobar el despotismo, invocando las tradiciones de los primeros tiempos y las doctrinas escritas, las cuales mandan al rey que



Un Budha chino.

esparza flores en el camino por donde viene el sabio á intimarle su obligación y la reparación de sus faltas. Le enseñan que el amor de los pueblos da el cetro y su odio le rompe; que el que eleva á un hombre desconocido, ó desprecia al que tiene el voto del pueblo, obra contra justicia, provoca la murmuración y entra en la nube preñada del rayo que lo reducirá á cenizas.

Verdad es que generalmente estos consejos ó preceptos no se dirigen á la celesté persona del rey, sino á los ministros, practicándose de este modo por los chinos la misma invención con la cual se envanece tanto los modernos europeos y que funda la Constitución sobre una mentira, á saber: la infalibilidad del rey y la responsabilidad de los ministros.

Siendo tan poderosos los letrados, era natural que tuvieran que experimentar muchas perse-

cuciones y á su vez persiguieran á sus contrarios. A la monarquía, primera forma del gobierno chino, hemos visto suceder una especie de gobierno feudal, un compuesto de principados más ó menos independientes según la fuerza de su jefe, que las más de las veces estaban en guerra uno contra otro. Esta situación duró hasta dos siglos antes de Cristo, en que domados aquellos pequeños señores, se restableció la monarquía en el sentido absoluto de la palabra. El rey, «hijo del cielo, gobernador de la tierra y gran padre de su pueblo» es adorado, y no podrían imaginarse los chinos que existiesen dos emperadores sobre la faz del mundo, por lo cual reciben toda embajada extranjera como un homenaje de sujeción. Cuando el emperador dirige la palabra á los señores de su corte, deben éstos prosternarse para recibir sus órdenes: cuando sale, se cierran todas las puertas de las casas y el que lo encuentra en su camino debe volver las espaldas ó arrojarse á tierra, si no quiere morir. Dos mil satélites le precedían con cadenas, hachas y otros instrumentos para castigar á sus hijos. Es en suma una verdadera idolatría política del Estado, personificado en el rey. Pero en su palacio el emperador está no pocas veces dominado por mujeres y eunucos.

Como los inferiores se forman por el ejemplo del jefe, los mandarines son tan despóticos en sus gobiernos como el emperador, y aun más gravosos porque están más próximos al pueblo. Estos van también precedidos de los gritos de los esbirros, que á una señal suya prenden ó apalean de muerte al que tiene la desgracia de desagradarlo ó tarda en arrimarse á la pared.

Así como el emperador, según dicen los chinos, no es sólo pontífice para sacrificar y rey para gobernar, sino también maestro para instruir, así también los mandarines que lo representan deben al principio y á mediados de mes visitar á sus dependientes é instruirles moralmente.

Tienen reglas muy hermosas de virtud que les sirven de leyes, pero faltan abiertamente á ellas y los mandarines no conocen otro freno á su voluntad y á su avaricia, que el temor del rey, el cual á la más leve sospecha, por un informe siniestro ó por capricho, puede aherrojarlos y apalearlos.

El emperador Chan-ti, de la dinastía de los Taising (1643-1661), habiéndose apartado de su acompañamiento, encontró á un viejo que lloraba amargamente, y el cual le contó que el

mandarín le había arrebatado su hijo único, apoyo de su familia, y desesperaba de poder obligarlo en justicia á que se lo devolviese. El emperador desconocido le hizo subir á las ancas de su caballo, lo llevó á casa del magistrado y habiendo convencido á éste de su culpa, lo condenó en el acto al suplicio, y en desagravio dió aquel cargo al ofendido diciéndole: «Válgate este ejemplo y cuida de que no tengas que servir á tu vez de espejo á los demás.»

También es freno de los mandarines la *Gaceta de Pekín*, donde se imprimen diariamente los nombres de los empleados destituidos y su culpa, pero el arte de los magistrados consiste en evitar las acusaciones y pecar impunemente. Estando pagados mezquinamente, tienen que echar mano de las vejaciones, de las cuales no basta á retraerlos toda la filosofía de su maestro Confucio.

Cada provincia tiene un intendente y cada dos cuando más un virrey. Además cada una tiene un superintendente para los letrados, un director de rentas, un juez para lo criminal, un inspector de la sal y otro de los granos. Otros magistrados particulares de cada círculo ó de cada distrito regulan la administración y la justicia. El *Almanaque imperial* publica dos veces al año el nombre de estos empleados y el *Mensajero de la capital* los actos oficiales administrativos, complicación inextricable que está muy lejos de redundar en provecho de la generalidad.

En la China no hay ningún puesto ni título alguno hereditario, excepto el de los príncipes de la familia real, y el de los descendientes de Confucio. El emperador suele á veces conceder la nobleza, pero no es á la persona viva, sino á sus abuelos. Están, pues, los chinos muy distantes de las castas que encontramos en otras partes, y todo el pueblo se divide en seis órdenes: mandarines, guerreros, letrados, agricultores, artesanos y mercaderes.

La justicia se administra gratuitamente; los negocios se discuten en público, y cada uno dilucida su propia causa sin asistencia de abogados, profesión desconocida en aquel país. En los negocios civiles los procedimientos son rapidísimos, resultando las más de las veces un castigo de palos quizá para ambas partes. En los criminales se pasa de un tribunal á otro, y en los casos en que media pena capital debe esperarse la confirmación del emperador. Las ejecuciones se verifican todas de una vez en el otoño.

La historia de la legislación China se remonta de dinastía en dinastía hasta la primera, y comprende setenta y cuatro volúmenes.

La pena más común y prodigada es el bambú. El *kia*, collar de madera en el cual se meten cabeza y manos, se lleva hasta por un mes. Viene después el destierro á menos de cincuenta leguas, y por último, el extrañamiento, que es una de las más temidas por el chino. A estas penas pueden añadirse, la de cachetes, la de la argolla, la de galeras; y como penas capitales la estrangulación y la decapitación para los delitos mayores. Los acusados pasan mucho tiempo presos en cárceles que llaman «infiernos», y que verdaderamente merecen este nombre. Las mujeres



Un budhista chino.

son sometidas á la custodia de su más próximo pariente. En los juicios, no admiten el juramento, pero sí el tormento que consiste en apretar las uñas con un triángulo. Cuando se prende á uno se le hacen diferentes preguntas, y si no confiesa se le pone inmediatamente en tortura, la cual se va aumentando hasta que el infeliz escribe ó firma la confesión del delito. Entonces se forma el proceso y se ruega al emperador que decrete el procedimiento. Si alguna vez (cosa rara) los tribunales dan á uno por inocente, éste sucumbe en breve á consecuencia de los tormentos que ha padecido. Para los esclavos se agrava la pena.

Los parientes del soberano son privilegiados, menos en los delitos de Estado. A los menores de quince años y mayores de setenta les está permitido libertarse por dinero de las penas no capitales. El padre puede ocultar las culpas del hijo, y éste las de aquél, pues Confucio

declaró que era justicia obrar de esta manera. Pero la venalidad de los mandarines hace que queden exentos de pena todos los que pueden rescatarse por dinero. El simple hurto se castiga con el palo ó el destierro, á proporción. La traición, el parricidio, el sacrilegio, se peñan con el *ling-chí*, esto es, la ignominia de ser despedazados. Si un padre mata á su hijo, no tiene más pena que la del bambú. El homicidio simple se redime por dinero y si se comete en asonada, el reo es estrangulado, castigándose con la mayor severidad cualquier género de tumulto. Por esto los chinos tienen larguísimas disputas, pero sin llegar á las manos, porque cada puñetazo ó puntapié se tiene por cosa grave, así como también son castigadas las palabras injuriosas porque pueden turbar la tranquilidad, primer objeto de aquella legislación.

Lengua y escritura chinc.

La lengua china, digna de consideración por ser hablada ó á lo menos entendida en su escritura por una tercera parte del mundo, estuvo un tiempo reputada por imposible de aprender; pero fué puesta al nivel de las demás lenguas desde que aplicaron á ella su análisis los chinólogos europeos. La capital diferencia que la separa de las lenguas clásicas consiste en que para indicar la relación entre las palabras y las frases no emplea categorías gramaticales, ni clasifica las palabras, sino que funda las relaciones de las partes del discurso en la ilación del pensamiento. No tiene, por tanto, la lengua china, como los demás idiomas, una parte de etimología y otra de sintaxis, sino que todas sus partes están reducidas á esta última. Una misma voz unas veces es substantivo, otras adjetivo, otras verbo, otras preposición; y así como en las demás lenguas el sentido del contexto viene tan sólo en apoyo de la gramática, en la china, por el contrario, es la base de su inteligencia y de él tiene que deducirse la construcción gramatical. Buscar las palabras en el diccionario, antes de examinar la construcción, como hacemos en las lenguas europeas, es cosa que no puede hacerse en la china, que necesita, por el contrario, empezar por el sentido de la palabra.

Otra particularidad de la lengua china es que esta lengua, más que en el hablar, consiste en el escribir. La hablada está compuesta de unos cuatrocientos cincuenta monosílabos, que em-

piezan con artículos y terminan con vocales, con diptongos puros ó con nasales; pero la variación de los acentos y de la entonación, sólo sensible al delicadísimo oído de los chinos, aumentan el número de aquellas voces hasta el de mil doscientas, que componen todo su vocabulario. Pero al paso que en nuestros idiomas manda el habla, en el de los chinos es como secundaria, pues no pocas veces en medio de la conversación no pueden ó no saben expresar ó determinar una idea, sino tomando una caña y escribiéndola.

Acostumbrados como estamos á ver asociados en los demás pueblos el pensamiento, la palabra y la escritura, de suerte que ésta no representa al primero sino con el intermedio de la segunda, es curioso encontrar otro pueblo que hace del idioma y de la escritura dos representaciones del pensamiento separadas y distintas. Buscando el desarrollo histórico del arte de escribir, diramos que al principio se adoptaron para fijar el pensamiento signos demasiado inciertos y vagos, como nudos de cuerdecillas, palos cortados, ocho diagramas y otros semejantes que fueron después substituídos por caracteres puramente figurativos y que pintaban los objetos. El mayor cuidado de los letrados fué el restaurar algunos de los libros más antiguos librados del incendio y así se llegaron á tener de ellos copias exactas, testimonios del antiguo modo de escribir. También se descubrieron vasos, trípodes, espejos, inscripciones de casi increíble antigüedad de modo que las tienen del tiempo en que reinaron los Chang, más de doce siglos antes de Cristo, y aun del tiempo de los Hia.

Estos caracteres, variados y alterados, se aumentaron hasta cien mil, y hubieran producido un verdadero caos, si los letrados no se hubiesen tomado el trabajo de clasificarlos.

Apenas había salido de las ruinas la literatura, un siglo después de Cristo, Yu-chin, escribió el *Chue-huen* ó tratado de literatura, fruto de inmensas investigaciones y base también de la ciencia de los caracteres, de su exacta ortografía, y de las primitivas admisiones. Este tratado reunió todos los caracteres que se usaban en su tiempo, principalmente aquellos con que estaban escritos los libros clásicos, discutió su etimología, su ortografía y su sentido, y eligió nueve mil trescientos cincuenta y tres que consideró como fundamentales, explicándolos en un co-

mentario que contiene ciento tres mil cuatrocientas cuarenta y una palabras, y que hoy todavía sirve de texto y constituye el fondo de los mejores diccionarios. Aquel sabio concibió la idea de colocar todos los caracteres bajo ciento cincuenta y cuatro radicales ó claves, agrupando en cada una las voces que de ella se derivan. Distinguió además los caracteres en seis clases que después no se han alterado y son: 1.^a los *figurativos*, esto es, aquellos que representan imágenes ó dibujos groseros de los objetos corpóreos, que después se alteraron en la transcripción, principalmente desde que se introdujeron el papel y el pincel para escribir; 2.^a los *indicativos*, que indican lo más notable de los objetos sin figura como las abstracciones numéricas, las relaciones de posición, los movimientos; 3.^a los *combinados*, que expresan las ideas mediante la combinación de muchas imágenes; así por ejemplo, tres figuras humanas detrás de otra, significan *seguir*; dos imágenes de mujer indican *pendencia*; un sol detrás de un árbol, *el Oriente*; un pájaro en el nido, *el Occidente*; una mano, los *artesanos*; 4.^a los *traslaticios*, que expresan las ideas morales por medio de un objeto físico tomado metafóricamente; 5.^a los signos sacados de una de las clases precedentes, y escritos al revés para expresar una idea inversa ó antitética, llamados por esta razón *inversos*; 6.^a finalmente, los compuestos de una imagen al lado de la cual se escribe el signo de un sonido.

Bien mirado, pueden reducirse estos signos á dos clases: una, que comprende los caracteres simples, ó lo que es lo mismo, las imágenes y los signos indicativos inseparables; y otra, los compuestos, esto es, aquellos en que concurren muchas imágenes ó signos para expresar una sola idea. Los traslaticios equivalen á las expresiones abstractas y metafóricas de las demás lenguas, en las cuales se toma una voz en sentido diverso del que suena, pero se escribe de la misma manera. En cuanto á los inversos, puede decirse que son un puro juego de ingenio.

El juego y la superstición; el te.

Los libros que conocemos sobre la vida china y las observaciones de los viajeros, nos muestran esta vida acompasada é inmutable, su larga cadena de subordinación, su amor más bien pueril que grande á lo bello, sus indispensables ceremonias, la doctrina é

importancia de los letrados, la impasible seguridad de su pedertería, y todo el conjunto que ha sabido resistir á tantos siglos y asimilarse á los bárbaros invasores. La vivacidad griega y meridional está desterrada enteramente de aquel país, en que se afecta obrar siempre con pausa, tiempo y medida. Así saben los chinos sacar provecho de la viveza de los europeos, para hacerles caer en los lazos que les tienden y de los cuales no hay un mercader, por astuto que sea, que salga libre. Ocultan bajo una apariencia pacífica la ira y la cólera más extremadas. Cuando se les ofende manifiestan no resentirse, pero tarde ó temprano saben vengarse cuando menos se espera.

La única cosa en que manifiestan pasión los chinos es en el juego, cuyas violentas emociones tanto se adaptan á su índole de carácter. Ricos y pobres se abandonan á él, y aunque está prohibido terminantemente por las leyes, ponen á una suerte de dados los bienes, la casa, y después los hijos y la mujer. En una compilación hecha en tiempo de la dinastía de los Ming (después de 1368) se lee: «Algunos han dicho que el juego de ajedrez traía su origen desde el emperador Yao y que éste le había inventado para instruir á su hijo en el arte de gobernar á los pueblos y de hacer la guerra. Nada está más distante de la verdad. El gran arte de Yao consistía en la práctica continua de las cinco virtudes cardinales, cuyo ejercicio le era tan familiar como á los demás hombres el uso de los pies y las manos. El usó la virtud, no las armas para conquistar los pueblos bárbaros. El arte de la guerra, cuya imagen es el juego del ajedrez, es el arte de hacerse mal unós á otros; y el emperador Yao estaba muy lejos de dar á su hijo semejantes lecciones. El juego del ajedrez debió principiar seguramente después de los tiempos desgraciados, cuando todo el Imperio fué desolado por la guerra. Es una invención muy poco digna de Yao.»

Y añade en otro lugar: «En nuestro siglo agunos, posponiendo el estudio de los *King*, se entregan con tal pasión al juego del ajedrez, que todo lo descuidan, hasta el comer y beber. Si se acaba el día, encienden luces, y continúan; y algunas veces les sorprende el alba antes que hayan concluido el juego. Con este pasatiempo debilitan su cuerpo y su espíritu sin pensar en otra cosa. Si tienen negocios, los descuidan; si se presentan huéspedes, los despiden. No se puede conseguir que tales jugadores interrum-